

RESEÑAS

CAROL GRIFFITHS (Ed.)
Lessons from Good Language Learners
Cambridge: Cambridge University Press. 2008, xii + 324 páginas

Como parte de la extensa lista de títulos publicados por la editorial inglesa Cambridge University Press, en su serie llamada Language Teaching Library, el libro que se presenta a continuación conmemora los treinta años de la publicación, en el año 1975, de un revolucionario artículo de la antropóloga y lingüista Joan Rubin, titulado *What the Good Language Learner Can Teach Us*. La edición de esta obra conmemorativa estuvo a cargo de Carol Griffiths, quien, con el objetivo de publicar el resultado final a fines del año 2005, se propuso la tarea de concluir tanto el trabajo compilatorio como editorial en el plazo de un año. Sin embargo, pese al gran esfuerzo realizado por Griffiths y su equipo, la publicación tardó más de lo esperado. Pero, bien valió la espera. *Lessons from Good Language Learners* es un claro testimonio de cómo los planteamientos hechos por Rubin han trascendido a través de los años y han sido una valiosa fuente de inspiración para un gran número de investigadores que han buscado dar cuenta de los complejos mecanismos que configuran los procesos tanto de enseñanza como de aprendizaje de una lengua extranjera. La trascendencia de estos planteamientos no es un hecho fortuito en el tiempo, sino más bien el resultado de la valoración, por parte de la comunidad académica, de una propuesta que bien podría ser comparada a las invaluable contribuciones hechas por Harold E. Palmer y Albert S. Hornby décadas atrás. De acuerdo con Rubin, la identificación tanto de las prácticas educativas que llevan a cabo los aprendientes que logran un alto nivel de proficiencia en una lengua extranjera como de los factores contextuales que pueden afectar estas prácticas, nos permitiría elaborar un tipo de carta de navegación que entregue a los aprendientes no exitosos de una lengua extranjera las diferentes rutas que los llevarían a aprender dicha lengua de manera efectiva. Esta provocadora tesis parece ser lo que hace de esta obra un trabajo muy interesante para el lector especializado, que busca indagar en el estado del arte de temas relacionados con la enseñanza-aprendizaje de lenguas extranjeras, y para otras vinculadas a esta área de estudio.

Los autores de los veintitrés capítulos que componen esta obra son renombrados investigadores, tales como Ema Ushioda, Leila Ranta, Neil Anderson, Paul Nation, Anna Chamot, y la propia Joan Rubin. Cada uno de estos académicos examina y describe en detalle las prácticas educativas y factores contextuales que, según Rubin, juegan un rol preponderante en el proceso de adquisición de una segunda lengua. Es importante destacar la magnitud y la calidad de los estudios presentados, que hacen de este libro una obra de gran interés académico en el ámbito de la lingüística aplicada.

Con respecto a su estructura interna, los capítulos que reúne este volumen se agrupan en dos grandes secciones, cuyo orden de presentación favorece la comprensión del funcionamiento sincronizado entre los dos tipos de variables descritas. La primera de estas secciones, llamada *Learner Variables*, está compuesta por once capítulos que presentan las variables que tienen su origen en cada uno de los aprendientes y los hacen únicos ante la tarea de aprender una lengua extranjera. Las variables descritas son: la motivación, la edad, los estilos de aprendizaje, la personalidad, el género, el uso de estrategias de aprendizaje, la metacognición, la autonomía,

las creencias, la cultura y la aptitud. La segunda sección de esta obra, que lleva por nombre *Learning Variables*, cuenta con doce capítulos que tratan variables tales como el vocabulario, la gramática, las funciones del lenguaje, la pronunciación, la comprensión auditiva, la producción oral, la lectura, la escritura, los métodos de enseñanza-aprendizaje, el entrenamiento en estrategias de aprendizaje, la corrección de errores y las tareas.

Si bien cada uno de los veintitrés capítulos representa una valiosa fuente de información que se apoya en una sólida base de conocimiento empírico, no deja de llamar la atención la calidad de las observaciones hechas por Carol Griffiths en torno al rol de la edad en el aprendizaje de una lengua extranjera. En opinión del autor de esta reseña, el trabajo desarrollado por Griffiths, el cual constituye el segundo capítulo de este libro, es uno de los más interesantes de *Lessons from Good Language Learners*. Por este motivo, un detallado análisis de este se presenta a continuación.

El capítulo *Age and Good Language Learners* presenta subsecciones que ofrecen una mirada analítica en torno a la influencia que ejerce la constante interacción entre la variable edad y un grupo de factores tanto de naturaleza biológica como social sobre el proceso de aprendizaje de una segunda lengua. En la primera de las subsecciones de este capítulo, y a modo de introducción, Griffiths describe el amplio debate que este tema ha suscitado a través de los años y la forma en que la noción *younger-is-better* parece estar al centro de la discusión. Luego de esta breve introducción, se presenta la segunda subsección llamada "Evidence so far". Tal como lo indica su nombre, en esta subsección la autora examina en detalle los resultados obtenidos de una serie de investigaciones realizadas en diferentes países y variados contextos educacionales relacionados con el rol que juega la variable edad cuando se trata de aprender una segunda lengua. De los estudios que aquí se presentan resultan particularmente atractivos y curiosos los casos descritos por Ioup, Boustagui, El Tigi y Moselle (1994)¹, y los resultados obtenidos por Carol Griffiths tras haber observado el proceso de aprendizaje del idioma inglés por parte de tres hijos de inmigrantes asiáticos en Nueva Zelandia.

El primero de estos dos estudios documenta el proceso de adquisición de la lengua árabe por parte de Julie, una hablante nativa de inglés que, a los veintiún años de edad, emigró junto a su marido, ciudadano egipcio, a la ciudad de El Cairo. Según el informe de los autores, Julie, tras nueve días de residencia en la capital egipcia, debió enfrentar una situación que, de seguro, ningún inmigrante sin conocer la lengua oficial del país desearía vivir: su marido, con quien podía comunicarse en inglés, fue llamado a cumplir con su servicio militar por un período de cuarenta y cinco días. Esto, sin duda, era el comienzo de un difícil período de inmersión total sin previa instrucción formal en el idioma árabe que Julie debía enfrentar. Sin embargo, Julie, con la ayuda de una libreta de notas y, siempre dispuesta a aprender de la retroalimentación por parte de hablantes nativos, fue capaz de sobreponerse a la barrera idiomática en un corto período de tiempo. Tal fue la rapidez con la que Julie aprendió la lengua árabe, que al momento del retorno de su marido, ella podía comunicarse con relativa naturalidad en variadas situaciones socio-comunicativas. Sorprendentemente, según los autores, su nivel de competencia en la lengua árabe continuó mejorando a una velocidad pocas veces observada anteriormente, tanto que, al cabo de dos años y medio, el nivel de Julie era similar al de un hablante nativo.

Otro proceso de aprendizaje de interés para los estudiosos fue el experimentado por tres familias asiáticas que dejaron sus respectivos países para radicarse en Nueva Zelandia. Carol Griffiths, quien fue la investigadora que documentó dicho proceso, relata la rapidez y facilidad

¹ Para las referencias bibliográficas en esta reseña, se remite al lector a la obra original.

con que los hijos de Yasuko, de origen japonés, Wendy, de origen taiwanés, y Ryon, de origen coreano, lograron aprender el idioma inglés. Otro punto interesante de este caso tiene que ver con la dificultad que experimentaron los padres de los niños para aprender la lengua de su nuevo país de residencia. De hecho, según la autora, ellos nunca lograron el nivel de proficiencia alcanzado por sus hijos.

Complementario a la evidencia presentada en la segunda subsección, la tercera parte de este capítulo analiza una serie de factores que están directamente relacionados con el rol de la edad en el proceso de aprendizaje de una lengua extranjera. Estos factores, que de una u otra manera inciden en el proceso, tanto en personas de corta edad como en adultos, son detallados a continuación.

El primer factor descrito tiene relación con la maduración de los aprendientes durante el proceso de aprendizaje. De acuerdo con Birdsong (1999), la facilidad para aprender un segundo idioma está relacionada con la plasticidad que presenta el cerebro humano durante un periodo crítico ligado a la etapa de la pubertad. Otros autores, tales como Dulay, Burt y Krashen (1982), difieren de esta propuesta y sugieren que la búsqueda de respuestas en relación con el rol que juega la edad en el proceso de aprendizaje de una segunda lengua debe reorientarse. Un segundo factor, que según Krashen y Terrell (1983) es el principal responsable de la superioridad de los niños por sobre los adultos, en relación con los niveles de competencia logrados en una segunda lengua, es el factor afectivo. Asimismo, junto a este nivel, autores como Schumann (1976) y Ellis (1985) consideran que, en el plano social, también es posible encontrar respuestas a las diferencias previamente descritas. El tercer factor descrito en esta subsección tiene relación con las características cognitivas que presentan aprendientes de diferentes edades. Es posible observar que un gran número de autores, tales como Krashen (1985), Ellis (1985) Snow and Hoefnagel-Hohle (1978), establecen que el desarrollo cognitivo logrado en la etapa adulta de un ser humano juega un rol que facilitaría el aprendizaje de una lengua extranjera.

Finalmente, de acuerdo con Norton and Toohey (2001), el factor situacional y el contexto educativo también pueden afectar el desempeño de los aprendientes. En este sentido, variables tan diversas como el método de enseñanza utilizado, el período del día en que se realiza el proceso de instrucción (clase diurna o vespertina), lugar físico en el cual se realiza la clase, entre otros, pueden o no ser compatibles con las preferencias que presentan los aprendientes de diferentes edades.

Como podemos ver, variados son los puntos de vista que buscan explicar el origen de las diferencias existentes entre los procesos de aprendizaje de una lengua extranjera de un niño y un adulto. Pese a estos planteamientos diferentes, la mirada holística de Griffiths parece ser la línea investigativa que debiesen adoptar los trabajos a futuro en torno a este tema.

Completa este capítulo la presentación de un estudio llevado a cabo por Griffiths en 2003, cuyo objetivo principal consistió en determinar los factores que contribuyen ya sea al éxito o al fracaso en el aprendizaje de una segunda lengua por parte de un grupo de veintiséis estudiantes adultos de un instituto privado de enseñanza de lenguas en Auckland, Nueva Zelandia. Entre los procedimientos metodológicos utilizados por la autora para llevar a cabo este estudio, resulta interesante destacar los destinados a la selección de los participantes y la recolección de datos. En lo que a selección de los participantes se refiere, Griffiths prestó especial atención al alto nivel de representatividad que debía tener la muestra, ya que solo veintiséis alumnos del total de los matriculados en el instituto serían parte del estudio. Las variables consideradas por Griffiths fueron las siguientes: edad, género, nacionalidad y nivel de competencia en idioma inglés de los participantes.

En cuanto a los métodos de recolección de datos, la autora utilizó un cuestionario desarrollado por Rebecca Oxford (1990) denominado *Strategy Inventory for Language Learning* (SILL).

Este instrumento consta de cincuenta preguntas que tienen como objetivo recabar información relacionada con el uso de estrategias de aprendizaje. Un segundo método de recolección de datos consistió en una entrevista oral a cada uno de los sujetos seleccionados. Esta vez, el objetivo de la entrevista, compuesta por tres preguntas, era obtener información tanto de las dificultades de aprendizaje que presentaban los participantes como sus propias visiones con relación al rol que jugaban ciertas variables individuales en sus propios procesos de aprendizaje. Respecto de los resultados obtenidos de este estudio, la autora reporta el desempeño de tres estudiantes del instituto de idiomas, dos de nacionalidad japonesa y uno de nacionalidad coreana. De estos tres casos, resulta particularmente interesante el caso de un alumno de origen coreano llamado Kang. Este inmigrante de cuarenta y un años de edad, a su llegada a Nueva Zelanda, fue diagnosticado como alumno de nivel básico tras la aplicación de la prueba *Oxford Placement Test* (Allan 1995). En cuanto a las estrategias de aprendizaje utilizadas por Kang, el test reveló un uso moderado de estas. No obstante, la autora del estudio describe a Kang como un alumno muy preocupado por sus estudios e interesado en desarrollar, a diario, una serie de estrategias orientadas a mejorar su nivel de proficiencia en la lengua inglesa. Cabe destacar que Kang prestaba mucha atención a aquellas estrategias que lo ayudarían a mejorar su pronunciación. Incluso, basándose en su propia teoría, donde establecía que la pronunciación de los sonidos de un idioma está estrechamente vinculada con la alimentación de los hablantes nativos, debido a que los movimientos bucales varían según el tipo de alimento, Kang hizo de las recetas a base del fruto del kiwi, tan tradicionales en Nueva Zelanda, parte fundamental de su dieta diaria. Otras estrategias de aprendizaje comúnmente utilizadas por este alumno incluían actividades relacionadas con el desarrollo de la habilidad auditiva, como escuchar programas de radio, ver televisión e ir al cine. Según la autora, la edad de Kang no fue un impedimento para el aprendizaje exitoso de la lengua inglesa, ya que al cabo de siete meses de instrucción, el nivel logrado era sobresaliente, incluso superior al de sus compañeros de menor edad.

Tras haber presentado la valiosa evidencia representada por cada uno de los estudios descritos en las diferentes subsecciones que componen este capítulo, la autora concluye que la noción *younger-is-better* parece ser una variable importante de considerar a la hora de aprender una segunda lengua. Sin embargo, esta noción no debe ser interpretada como definitiva y excluyente. Esto se debe a que alumnos adultos tales como Julie y Kang, entre otros, nos indican que es necesario seguir investigando la relación que existe entre la variable edad y los procesos de adquisición de una lengua extranjera.

A modo de conclusión, podemos decir que esta obra representa el resultado de un prolongado período de búsqueda de respuestas, por parte de un selecto grupo de investigadores, a una serie de interrogantes planteadas por Joan Rubin tres décadas atrás.

Naturalmente, los resultados obtenidos en las investigaciones expuestas en este volumen no son definitivos ni concluyentes, sino que debemos considerarlos como una serie de valiosos antecedentes que, en su totalidad, configuran un sólido cimiento de base empírica sobre el cual es posible seguir construyendo un conocimiento que nos permita dilucidar las complejidades propias del proceso de enseñanza-aprendizaje de una lengua extranjera y de una segunda lengua.

CARLOS ÁLVAREZ
Universidad de Chile